

¿PUEDE LA MORALIDAD FUNCIONAR SIN LA RELIGION?

Ch. Abdus Salam Akhtar M.A.

Un estudio del desarrollo de las teorías éticas, desde la aurora de nuestra época, revelaría el hecho de que un espíritu de alejamiento de la religión ha caracterizado a todos los esfuerzos intelectuales de los pensadores occidentales en los campos tanto físicos como no físicos. Las ciencias físicas fueron, por supuesto, tratadas exclusivamente sobre una base puramente científica y quizás había una justificación para ello; pues un análisis de la materia no requiere otra cosa salvo un punto de vista estrictamente objetivo y de investigación; pero los temas relacionados con el mundo mental, moral y espiritual no podían estudiarse de la misma forma que la geografía o la geología, bajo las leyes de la observación y el experimento. Un esfuerzo místico para descubrir lo desconocido es diferente desde un observador que intenta calcular la velocidad de los electrones y de los protones o incluso desde un marinero que lucha contra un mar embravecido. La presunción que viciaba las conclusiones de estos pensadores era que los fenómenos mentales y espirituales se podían verificar bajo los mismos principios que actuaban en el mundo material.

Esta suposición no sólo creó una división artificial del tema, sino que también lo separaba de su verdadero contexto, haciéndolo totalmente ininteligible e incluso a veces sin sentido. De esa forma la religión y la moralidad, como veremos más tarde en este artículo, son integralmente un todo global, pero se suponía que ellos trataban dos temas diferentes independientes el uno del otro. Por ello William Lillie, del Kings' College, Aberdeen escribe en su libro "Una introducción a la Etica":

"La religión tiene su centro en Dios; la moralidad tiene su centro en el hombre. Es concebible que pueda haber una moralidad puramente humanística que no contenga ninguna referencia a lo sobrenatural".

Nuevamente:

"A la vista de las diferencias entre moralidad y religión, se puede realizar la pregunta de si la moralidad requiere el apoyo de la religión, o si la moralidad, tal y como la conocemos, puede existir permanentemente sin la religión. La Historia nos demuestra que puede verdaderamente

hacerlo, sin ninguna gran aparición de perjuicio en sí misma durante períodos limitados y que es posible que pueda existir permanentemente algo en la vía de la moralidad sin una religión que la apoye" (pp. 339-340)

Estos extractos del libro de un autor muy erudito y renombrado, cuya autoridad está reconocida incluso aquí en Pakistán (su trabajo se aconseja en nuestro temario de Enseñanza Superior Secundaria), demuestra que la mente occidental está subconscientemente en contra de cualquier influencia de la religión, tanto en el campo de la ciencia como en el de la moral. Las razones, por supuesto no hay que buscarlas muy lejos. La Biblia, tal y como permanece hoy, no pudo tener ni ha tenido crédito para actuar como base tanto para la edificación moral del hombre como para sus requisitos educacionales. El hombre moderno, educado en una atmósfera exclusivamente no religiosa, aturdido por los logros de las ciencias físicas, llegó a adquirir un clase de mente en la que pensó que podía prescindir totalmente de la religión. Evidentemente esta forma de planteamiento no puede conducirnos a la verdad.

LA MORALIDAD APUNTA A UN "SUMMUM BONUM"

Todo esfuerzo moral, siendo formativo por naturaleza, debe dirigirse hacia algún Ideal o un Principio Superior, cuya realización es el objetivo final de la acción moral. Si una persona intenta hacer el bien, debe tener la idea de qué es Dios. Lo correcto o equivocado de una acción está determinado por el hecho, ya sea la acción consistente o inconsistente con una ley, y la ley es siempre la implantación de un "Ideal". Tomemos un ejemplo. La ley municipal exige que las luces del coche estén encendidas mientras se conduce por la noche. Si mantenemos las luces encendidas nuestra acción es correcta y buena por el simple hecho de que está de acuerdo con una ley. Pero, ¿hacia qué se dirige la ley? Evidentemente se dirige a la conservación de la vida humana. Por lo tanto la conservación de la vida es el ideal en este caso. Esta verdad, de hecho, ha sido reconocida incluso por los pensadores occidentales. Mackenzie señala:

"Es cierto que una mala acción es incongruente, pero no es incongruente con un hecho objetivo, como dijo Wollastan, sino con un Ideal. Robar es malo; no porque sostenga que la propiedad de otro pase a ser mía, sino porque es incongruente con una relación ideal entre yo mismo y mi vecino"*.

Ahora una vez establecido este principio, de que una acción moral tiene que perseguir un "Ideal", surge la cuestión de cual es el más alto Ideal en la vida y de qué mejor forma puede seguirse. El "Summum Bonum", como el propio Mackenzie señala, es el "Más alto Ideal" que puede seguirse por un agente moral. Como sólo el hombre es el agente moral, por lo tanto, se deduce que el ideal ante la acción moral debe ser completo y global, de forma que sirva de fuente de inspiración a uno y a todos, con independencia de consideraciones de raza, color o credo.

*Mackenzie: Manual of Ethics Cap. 3, pag. 11

RACIONALISMO Y HEDONISMO

Es una lástima que los pensadores morales, incluso desde el primer período griego de los Estoicos, hasta la era actual del Racionalismo, no pensaran que si el universo en que vivían tenía algún significado y propósito, el Poder Omnisciente tenía que haber hecho manifiesto el supremo Ideal a cuidar como un objetivo del esfuerzo moral. Por otra parte, algunos de ellos comenzaron a pensar a su manera, intentando imaginar cual podría ser el estado más feliz de su mente. La Felicidad, pensaban ellos, era el objetivo fundamental del esfuerzo moral, y cualquier acción que procurase la felicidad sería calificada como una acción moral. Esta concepción dio lugar a los criterios del Utilitarismo o Hedonismo Altruista sostenidos por Sidgewick Bentham y J.S. Mill. Esta gente, grande en sí misma, creía que la mayor felicidad del mayor número de personas era el fin de una acción moral. Cualquier acción que tiende a producir la felicidad máxima para el máximo número de personas será evaluada como una acción moral.

La falacia contenida en el anterior argumento ha sido puntualizada incluso por los propios moralistas. La felicidad, en el mejor de los casos es sólo un estado de la mente, y un estado de la mente no puede ser un ideal. Psicológicamente hablando, los estados mentales son en sí mismos los resultados de algunas acciones y objetivos. Si aprobar un examen es un objetivo a conseguir por un estudiante, sus acciones están naturalmente dirigidas a esa vía y la consecución de ese objetivo proporcionará con toda seguridad un feliz estado de mente. De esa forma, un estado feliz de mente es un corolario a la realización de un ideal. El "Ideal" en sí mismo debe ser algo por encima del estado de mente que le acompaña. Otro criterio que fue expresado por Kant, relativo a la realización de un acto moral, consistió en su teoría del "**Imperativo Categórico**", como prefería llamarlo. Este punto de vista ponía énfasis en que la realización de un acto moral es un deber y debe realizarse de motu propio. Con independencia de la consideración de las consecuencias o incluso de los sentimientos que acompañan al acto, el acto moral ha de realizarse solamente por propio interés, por la sencilla razón de que es bueno en sí mismo.

Este criterio también ha sido ampliamente criticado por los moralistas e incluso por los propios seguidores de Kant. El rigor y la severidad metafísica de este punto de vista fue señalado por Jacobi, cuando dijo que "El buen deseo de Kant es un deseo que no desea nada". Diciendo ésto, quería decir expresamente que a menos que haya un objetivo a realizar colocado ante un agente moral, el simple buen deseo no puede ser un manantial ni una fuente de una serie de acciones morales. El buen deseo en sí mismo es una cualidad de un estado de la mente que añade brillo a la gloria de un acto, pero que no es ni un propósito, ni un ideal. El agente moral requiere un ideal vivo y un vivo propósito ante él, para moverle e inspirarle a su realización, no sólo para la consecución en sí misma, sino para el logro de la humanidad en general.

EL IDEAL ESPECIFICADO

Entre los libros sagrados del mundo, el Santo Corán ha sido indudablemente el primero en especificar el "Summum Bonum" para nuestra moralidad práctica. Dios dice en el Santo Corán:

"Decid: "Nosotros adoptaremos la religión de Al-lah; ¿quién posee mejores

atributos que Al-lah?, y a El sólo adoramos"" (2:139)

La especificación de este **Ideal** es una indicación de la verdad, de que cultivar los atributos divinos es el fin a conseguir por el hombre. Si Dios es el más Misericordioso, el hombre tiene que empaparse de esta cualidad y expresar este atributo en su comportamiento. Si Dios es el más justo o el más Benéfico, el hombre tiene que adquirir estas cualidades e incorporarlas a su carácter.

Hazrat Ahmad de Qadián, el Mesías Prometido y el Profeta de este tiempo, escribió en su libro más ilustre, **La Filosofía de las Enseñanzas del Islam**:

Cuando realizo un estudio profundo del Santo Corán, me doy cuenta de que Dios ha planeado sublimar al hombre desde su tosca existencia natural hasta los más elevados estados espirituales, donde él puede manifestar los divinos atributos. Su existencia animal es cambiada gradualmente para adoptar una forma más regular en el grado más alto de moralidad, donde consigue lo que Dios dice en el Santo Corán:

"Y Tú, ¡Oh alma en paz! Vuélvete a tu Señor con agrado hacia El y El estará contento contigo. Así formarás parte de mis siervos escogidos y entrarás en mi jardín"